

FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN

LA UNIÓN DEMÓCRATA INDEPENDIENTE, A 35 AÑOS DE SU FUNDACIÓN

Nº 256 | 26 de septiembre 2018



Ideas & Propuestas

RESUMEN EJECUTIVO

Los treinta y cinco años de la Unión Demócrata Independiente dan cuenta de un partido influyente, probablemente de los más homogéneos doctrinariamente que aún quedan, cuya identidad se confronta con una cartografía política donde abundan adversarios que la interpelan o incluso agobian. En este número repasamos los hitos principales de su historia y los ejes que la constituyen para, desde ahí, analizar los desafíos que enfrenta el partido fundado por Jaime Guzmán.



Foto: Archivo Jaime Guzmán

I. INTRODUCCIÓN

En medio de cambios sociales, la Unión Demócrata Independiente –uno de los partidos más influyentes de nuestra historia reciente– cumple treinta y cinco años desde que fuera pensado y creado por Jaime Guzmán junto a un grupo de líderes gremialistas que habían iniciado el desafío de su proyecto político y social en la Universidad Católica de Chile.

Detenerse a observar el derrotero de este partido permite abrir ventanas que dejan ver, por un lado, las razones y ejes que lo han llevado a ser impulsor de los cambios más profundos de nuestro país, como también entender por qué cuenta con dos mártires. Del mismo modo, se evidencia la necesidad de hacer frente a algunos desafíos que el contexto actual –evidentemente distinto al Chile de los años 80 en que surge– demandan, tanto en lo referente a su identidad, como también a su rol en el sistema partidocrático.

No es una novedad señalar que los partidos políticos tradicionales han ido perdiendo desde hace un tiempo la hegemonía de la representación y canalización de demandas y malestares ciudadanos. Los movimientos

sociales han ido ganando un espacio en los debates públicos, y los partidos –de variadas formas– ha acusado recibo de este cambio. La UDI no es la excepción en este nuevo paradigma representacional, y como tal tiene retos que enfrentar para mantener su influencia y liderazgo.

Así también, los debates del Chile actual dan cuenta de un país que pasa poco a poco de un imaginario de demandas materiales a post materiales. Si bien hasta hace muy poco discutíamos de educación gratuita, ahora entramos de lleno a querellas medioambientales, presenciamos nuevas formas de organización política, nuevos estilos de ejercer liderazgos; iniciamos debates que abrirán nuevas formas de comprendernos y relacionarnos; probablemente se reinterpretarán el sentido de algunas instituciones sociales, etc. Cada una de estas diatribas interpelan a la UDI, ya sea porque su proyecto político se ve confrontado a una nueva coyuntura social, como también porque se dejan ver diferencias sobre dicha realidad al interior del partido mismo. Por eso, este aniversario es una ocasión oportuna para analizar los desafíos del partido.

II. SURGIMIENTO E IDENTIDAD DE LA UDI

Chile no estuvo ajeno al contexto internacional de la polarización del mundo durante la denominada «Guerra Fría». Las diferencias de opinión en la población referidas al derrotero que debía seguir el país entre las cosmovisiones en disputa culminaron en conflictos sociales que, luego de la acentuada embriaguez ideológica de Salvador Allende, polarizaron el país al punto de que la violencia política y armada se desató a puntos irreconciliables.

La visión de clases sociales contrapuestas propagada por la izquierda radical convirtió a los pobladores de los sectores populares, en su sujeto político. Mientras que por oposición, serían las élites, tanto económicas como políticas, los antagonistas a confrontar. Ya avanzado el gobierno militar, y fijado el horizonte de retornar a la democracia, el espectro político seguía diferenciado según los símbolos tradicionales que diferenciaban las adhesiones a uno y otro sector. De este modo, Guzmán consideraba necesario distanciarse de la imagen que la derecha había representado históricamente. El objetivo medular fue conformar un movimiento político que garantizara «un nuevo modo de hacer política» puesto que «la vida política chilena requiere una urgente y profunda renovación [...] tanto en personas como en estilos»¹. De esta forma, el nuevo movimiento, centró sus esfuerzos en dirigirse a esas personas de los sectores populares, desafiando a la izquierda tradicional. Así, el 24 de septiembre de 1983, Jaime Guzmán junto a

un grupo de gremialistas históricos, funda la Unión Demócrata Independiente.

Este contexto sociopolítico permite comprender la identidad sobre la cual se funda la UDI: «eminentemente popular, de inspiración cristiana y partidario de una economía social de mercado»². Más allá de las diferencias y distancias que puede generar la UDI en el espectro político, es necesario reconocer que esta cosmovisión de la realidad opera como un fuerte andamiaje sobre el cual este partido va luego a declarar sus principios, construir su proyecto político y definir su estilo. La homogeneidad y cohesión que ha demostrado la UDI durante su existencia se soporta en el apego a este manifiesto identitario.

No obstante, el perfil popular fue determinante en dislocar la distribución de la representación política tradicional en Chile. En palabras del propio Guzmán, era necesario adentrarse en los sectores populares porque «por una parte, [...] es indispensable compartir la realidad de pobreza con quienes la sufren, para poder conocerla mejor y para poder, desde ahí, impulsar a esas personas a trabajar por la solución de sus propios problemas»³. De este modo, la UDI da un paso político clave no solo porque su estilo y mensaje político la diferencian de sus adversarios políticos (cuestionando la tesis de su sujeto histórico popular), sino además porque logra distanciarse de los otros partidos de derecha, al momento de enfocar su trabajo en aquellos sectores más vulnerables.

¹ «Afirma Jaime Guzmán Errázuriz: «UDI propicia profunda renovación de personas y estilo político»». La tercera, 2 de octubre de 1983.

² «Jaime Guzmán: comunismo en un cadáver putrefacto». El Sur de Concepción, 2 de diciembre de 1990.

³ Seminario «Líderes de una Nueva Generación». Santiago, octubre de 1990.



Fotos: Archivo Jaime Guzmán

III. UN PARTIDO DE MÁRTIRES

Esta identidad descrita dialoga de tal forma con el *modus operandi* que adopta la UDI para hacer política, que se convierte en corto tiempo en un partido influyente que incomoda a una parte de la izquierda y se gana el odio de otra, que es esencialmente violenta. La expresión más evidente de esta afirmación está en que cuenta con dos mártires.

De hecho, de esos sectores populares que conquista la UDI provenía el comerciante y dirigente gremial Simón Yévenes, quien, luego de reiteradas amenazas, finalmente el 2 de abril de 1986 es asesinado. Jaime Guzmán relata para Ercilla que «guarecidas en las sombras de la noche, manos crueles y mentes desquiciadas por el mal lo asesinaron en forma fría y cobarde»⁴, de esa manera, el dirigente gremial, fue la primera víctima de la Unión Demócrata Independiente por el «Frente Manuel Rodríguez» (FPMR).

Solo 5 años después, el primero de abril de 1991, sería el propio fundador del partido, Jaime Guzmán, quien fallecería a manos de los frentistas Ricardo Palma Salamanca (alias «El Negro») y de Raúl Escobar Poblete («Emilio») quienes lo emboscaron a la salida de Campus Oriente de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Cabe señalar que en la autoría intelectual participan otros siete extremistas: Marcela Mardones («Ximena»), Enrique Villanueva («Comandante Eduardo»), Marie Emmanuelle Verhoeven («Comandante Ana»), Galvarino Apablaza («Comandante Salvador»), Iván Figueroa («Comandante Gregorio»), Juan Maco Gutiérrez («Chelex») y Mauricio Hernández Norambuena («Comandante Ramiro»).

Ninguno de ellos -considerando que Iván Figueroa fue asesinado en 1995 en Argentina, presuntamente por el propio FPMR- está cumpliendo condena efectiva por este crimen.

⁴ «Simón: legado de un mártir». Ercilla, 9 de abril de 1986.

IV. AUGES Y CRISIS

La muerte de Jaime Guzmán, lejos de disociar a la UDI, activó los liderazgos que la integraban y diseminó su influencia, llegando a constituirse como uno de los partidos con mayor adherencia en el electorado nacional. De hecho, en las elecciones del año 2009 logra ser el partido con mayor representación en la cámara de diputados, alcanzando 37 escaños⁵.

El año 2014, no obstante, el partido debió enfrentar probablemente su peor crisis, luego que explotara mediáticamente el llamado «Caso Penta», uno de los escándalos tributarios más sonantes por encontrarse involucrados una gran cantidad de rostros políticos, muchos de ellos relevantes figuras demócrataindependientes.

El financiamiento irregular de las campañas políticas, que golpeó transversalmente a todo el espectro político, mediáticamente se enfocó de sobremanera en la UDI, empañando el trabajo realizado, dejando ver además una crisis generada por el alejamiento y confrontación con sus convicciones declaradas.

Esto le exigió al partido la necesidad de replantearse ante la opinión pública. Es así que, bajo la dirección de Hernán Larraín, se conforma el documento *La Nueva Unión Demócrata Independiente*⁶, que redirige el rumbo para enmendar los errores cometidos y dar pie a una nueva etapa a nivel institucional.

Este ejercicio, junto con otras señales, pudo revertir la crisis política que atravesó este partido. Esto se expresó ya con claridad cuando en el proceso de refichaje de los partidos la UDI logró posicionarse como el conglomerado con más militantes de la centro derecha⁷. En señal de esto mismo, en las primarias municipales de 2016, la colectividad gremialista se hizo de la nominación del 43,1% de sus candidatos por sobre los otros partidos de la coalición⁸. Este resultado se vería más tarde reflejado en la alta votación obtenida por sus candidatos el 2016, posicionándose como el partido con más alcaldes electos⁹.

⁵ Véase en <https://bit.ly/2N390G3>

⁶ Documento. Véase más en <https://bit.ly/2N4eM5a>

⁷ Al respecto, véase <https://bit.ly/2pr7Dnr>

⁸ Véase en <https://bit.ly/2NGhMKh>

⁹ Véase en <https://bit.ly/2zx2oY9>; <https://bit.ly/2N5PbJa>

V. DESAFIOS DE LA UDI

Más allá de los desafíos políticos contingentes, como por ejemplo consolidarse como el partido más importante del oficialismo, que logre influir con sus ideas en el actual gobierno y demuestre cultura de unión que permita proyectar su proyecto en el tiempo, la UDI enfrenta el reto que tienen hoy por hoy todos los partidos políticos: Hacer frente a la irrupción de los movimientos sociales como articuladores del malestar ciudadano.

Si bien es cierto que nuestro sistema partidocrático no está en una situación crítica, es también necesario reconocer que los movimientos sociales han logrado reorganizar a la sociedad civil a partir de causas que los agobian, y con ello, la renovación de los partidos es fundamental y necesaria¹⁰. En ese contexto, la UDI debería aportar, en bien de la democracia, nuevas estrategias que permitan la convivencia entre movimientos y partidos, sin dejar de ser ella un canal fundamental en la derecha. Este año de aniversario debiese ser aprovechado como una oportunidad para repensar el liderazgo que está llamada a cumplir la UDI en ChileVamos. Para eso, su identidad conservadora, escasa hoy en el sector y en el espectro político en general, son un activo

que la diferencia y contribuye a avanzar en dicho objetivo. Así como también lo es su homogeneidad (cuestión que escasea en los movimientos sociales que, por el contrario, se caracterizan por unir en torno a causas, pero sin proyectualidad). Este ejercicio implica buscar canales de acercamiento con la ciudadanía, buscar formas de activar a la sociedad civil y asumir causas que dialoguen con su identidad.

Pero es necesario considerar además que en Chile, y en Occidente en general, asistimos a un nuevo discurso que acusa cada vez más dificultades para concebir la sociedad como un proyecto esencialmente común, lo cual produce fragmentación a nivel político y social, obstaculizando frecuentemente los necesarios acuerdos políticos. Este imaginario que se expande, y se reconoce y estudia desde distintas sensibilidades políticas y culturales¹¹, confronta con la identidad de la UDI, de modo que ahí tiene otro desafío que afrontar. La imagen política que simboliza la UDI puede ser un activo que contribuya a regenerar los tejidos sociales para recomponer la relación con el otro como un dispositivo fundamental contra la descomposición social.

¹⁰ Sobre la necesidad de novar la vida de los partidos, véase, P. Ricoeur, *Política, sociedad e historicidad* (Buenos Aires: Prometeo, 2012) 61.

¹¹ Sobre la ausencia de sentido colectivo y el ocaso de los pilares y categorías que conformaron la sociedad moderna, véase Alain Touraine, *El fin de las sociedades* (Ciudad de México: FCE, 2016).

Hasta ahora, la identidad de este partido, reflejada en una mayor homogeneidad respecto del resto, opera como un dispositivo de poder y razón causal de su influencia y vigencia. Más aún, si consideramos que la base militante UDI es cristiana, conservadora, y popular, no es difícil imaginar que el espacio a ocupar por este partido en el mapa político actual está en seguir representando a los sectores conservadores en lo valórico y liberal en lo económico, y así intentar impulsar nuevamente el necesario y urgente sentido integrador de la vida social, sin ignorar la legítima proliferación de las libertades y la asentada diversidad en nuestro país. No se trata de desmerecer la dimensión electoral que todo partido debe custodiar, sino de armonizar pragmatismo con la necesidad de fijar horizontes políticos capaces de afrontar los macro-desafíos que agobian a nuestra sociedad y democracia.

De otro modo, en momentos en que la sociedad se atomiza, se hace necesario imaginar cómo reinstalar ciertas categorías éticas que faciliten la transmisión de una revalorización de los

andamiajes que fundamentan el sentido unitario de la vida social. Ese, por lo demás, es parte de la función medular de los partidos. El mismo fundador de la UDI, Jaime Guzmán, sostenía al respecto que la finalidad esencial de los partidos es “influir en la vida pública por la difusión de ciertas ideas”. Cuando un partido pone su prioridad en “la difusión e implantación de ciertas ideas en el país, puede, como efecto colateral o secundario, acceder al poder y su ejercicio”¹².

Es un hecho que el sentido común persuade a los diferentes partidos a inclinarse hacia el centro político, cuestión que tímidamente también tienta a algunos en la UDI. Sin embargo, en un imaginario social atomizado, donde reina la demanda por mayor autonomía (aun a costa de la dignidad de los más débiles), la UDI tiene una oportunidad de ocupar un espacio que preocupa a pocos. Los intereses individuales y de grupos vociferantes que no reparan en la deuda con el otro como elemento fundante de la sociedad dejan, por omisión, un espacio para que partidos como este recobren protagonismo.

¹² Jaime Guzmán, “Actas oficiales de la Comisión de Estudio de la Nueva Constitución Política de la República”. Sesión 360, celebrada en miércoles 26 de abril de 1978, página 2377.

VI. REFLEXIONES FINALES

En tres décadas la UDI se ha instalado como un partido medular en nuestro paisaje político, no solo porque se ha consagrado como electoralmente exitoso dentro de la derecha, sino principalmente porque ha sido protagonista en los cambios más importantes que ha experimentado nuestro país desde el retorno a la democracia. Del mismo modo, ha demostrado habilidad política para enfrentar situaciones de crisis que la han aquejado. Sin embargo, los cambios dinámicos en la sociedad interpelan día a día a los partidos, y la UDI no está exenta de aquello.

El clima político es tan cambiante como extraño. Asistimos a un momento en que abundan las identidades políticas glucosas, y a veces poco ilustradas sobre el fundamento de sus acciones. Los ciudadanos no ideologizados, y distantes de las elites y los meta relatos, prefieren adherir a causas antes que a proyectos de sociedad integral. Esta hibridez inocula la claridad con la que se han definido históricamente los partidos, así como también amenaza muchas veces con crisis internas que confronta a liderazgos que defienden derroteros distintos para superar dichas crisis.

Si bien la UDI sigue siendo uno de los partidos más homogéneos en el paisaje político existente y ha centrado su mensaje en los estratos medios de nuestra sociedad, necesariamente se ve interpelada por los cambios sociales aquí descritos. Todo esto demanda un esfuerzo por definir horizontes que reafirmen la

imagen que pretende transmitir a la opinión pública, a la vez que planes estratégicos que contribuyan a dotar de sentido a la organización y participación política. El lugar que ha ocupado la UDI este tiempo debe expresarse en una diferenciación respecto del resto de los partidos que durante el último tiempo han reaccionado improvisada y tardíamente ante la agenda pública. La irrupción de los movimientos sociales es una señal que soporta esta idea. Es más, es cada día más común observar a distintos actores políticos oficiando de analistas en los diferentes medios de comunicación, antes que canalizadores de los malestares y demandas ciudadanas.

La crisis que circunvala a los partidos no es unidimensional. En ese contexto, representa un desafío interesante además observar cómo la UDI -identificada como el partido más “conservador”- sea capaz de adelantarse a tomar la iniciativa para replantearse ante la ciudadanía.

Si la discusión contemporánea ha comenzado a centrarse sobre los límites de nuestra autonomía, o sobre los puntos que unen lo común de la vida en sociedad, para desde ahí intentar re definir qué instituciones mantener o de cuáles prescindir, entonces, el desafío de la UDI pasa por liderar la búsqueda de una justa articulación de la vida social, pues así se avanza hacia un desarrollo integral y en concordia. La UDI tiene un espacio enorme para diferenciarse e influir. Casualmente, ese era el propósito de Jaime Guzmán cuando pensó en crearla.



Capullo 2240, Providencia.